

¡Pobre inocente niña! y es una criatura de mi especie la que tiene su suerte entre sus manos. Si el capricho me incita, ¡puedo jugarla, en el desorden de una orgía, en dos vueltas de lansquenet! Mira, eso hace saltar el corazón, encrespase los pelos, subir el sudor frío á la frente. Decididamente, eso no es justo.

— Pero, ese mal... no, disfrazo la palabra: ese crimen, ¿quién te obliga á cometerlo?

— ¿Quién? ¿es menester pues que te lo diga todo? ¿Quién? Los seres infernales que me han perdido á mi misma, que perderán á otras muchas todavía: los reclutadores de la *Morgue* (1), de la prision y del hospital, los especuladores del lodo humano, los infames mercaderes de almas, los usureros, que tienen en un bledo vuestra honra y vuestra conciencia, los empresarios del vicio.

— Y ¿tú no puedes revelarte?... ¿no puedes?...

— ¡No puedo nada! Soy suya. Me tienen cogida por la parte mas sensible del corazón. ¡Oh! si no se tratase mas que de morir ó de ir á presidio para arrancarme de su tiranía!... Pero no: ¡ellos saben bien en qué punto sensible de mi alma deben herir! Toda lucha es vana, es imposible. La ruina del conde de Puysaie era necesaria á sus planes oscuros. El conde de Puysaie está arruinado. Les hace falta la ventura de su hija: la tendrán; y yo, miserable instrumento de su concupiscencia ó de su venganza, no puedo revolverme contra la mano que me empuja...

Nini Moustache se habia levantado, y media á pasos largos el aposento.

— Escucha, dijo: lo sabrás todo; voy á hablar delante de tí en voz alta, como no me atrevo á hacerlo en voz baja en la soledad de mi conciencia. Pero te prevengo, ni una palabra; nada de ironía, nada de esas burlas frias que te son familiares, pues entonces no sé lo que haría, sería capaz de matarte. Si no puedes impedirte el sonreír, á lo menos no quiero ni aun verlo.

Sopló la lamparilla y el aposento quedó súbitamente sumido en la mas profunda oscuridad.

— Ahora comienzo, continuó Nini Moustache; pero te prevengo de nuevo, es á mi misma á quien hablo, no es mas que á mi conciencia á quien me confieso: por lo que hace á tí, no me interrumpas, escúchame, ó duerme si puedes.

VII

CONFESION DE NINI MOUSTACHE.

En el tiempo en que yo era niña, comenzó á decir Nini, me llamaban con un nombre que me es imposible pronunciar hoy sin estremecerme. ¡Oh, Dios mio! un nombre muy

(1) Sitio público donde se exponen en París los cadáveres desconocidos encontrados por la justicia. (El traductor.)

sencillo, muy vulgar; pero este nombre es para mí la sola huella de un pasado desaparecido que nada puede hacer renacer; es el recuerdo de la casa paterna, el recuerdo de mis esperanzas y de mis candores.

Me llamaban Celina. Ahora Celina ha muerto, y un solo ser en el mundo, Nini Moustache, se acuerda de ella.

Mi padre, simple oficial de relojero, habia conseguido, merced á su trabajo, á su honradez y á su perseverancia, crear un pequeño establecimiento.

No he conocido á mi madre, muerta en el parto de una hermana que me queda; pero como mi padre era tan bueno, nunca me apercibi, mientras vivió, que me faltara una madre.

Cuando estuve en edad, llegué á ser alguna cosa como una directora de casa, mi padre me confió todos los detalles interiores de la familia y la guarda de mi hermana Ursula; yo era la que la vestía, la paseaba, y tambien yo preparaba las comidas y componía la ropa desgarrada, mientras que sentado en su mostrador con su único aprendiz, con el lente en el ojo, mi pobre padre componía los relojes de la vecindad.

No éramos ricos; pero el pan cotidiano no nos hacia falta. Éramos felices.

El aprendiz de mi padre — representa gran papel en mi vida, ó mas bien, yo represento uno demasiado terrible en la suya para que yo le olvide, — se llamaba Luis Jacquemin.

Era un muchacho poco mas ó menos de mi edad, muy bien educado y muy honrado, hijo de una viuda que habitaba en nuestra casa, y en nuestro mismo tramo de la escalera, y que era nuestra sola compañía.

Madama Jacquemin no parecia estar mas rica que nosotros, como se dice; pero cuando se tiene buen corazón y buen ánimo, de dos miserias unidas se puede hacer un pasable bienestar.

Luis era trabajador, inteligente; aprendía bien su oficio, y mi padre preveía ya el instante en que le cedería su tienda dándole á su hija.

Esta perspectiva no me desagradaba. Amaba mucho á Luis, aunque no fuese todavía mas que un niño; yo tenía el aire de una mujercita. Él estaba ufano de darme el brazo en el paseo y de llamarme su prometida; amor propio ó amor verdadero, el muchacho me adoraba.

En aquella época mi padre hizo conocimiento — por caridad — con un joven que vino á ocupar en nuestra casa una miserable boardilla amueblada que la portera le alquilaba por seis francos al mes.

Al principio no nos apercibimos de la presencia de este nuevo huésped, tan discreto era y hacia poco ruido. Sucedía á menudo permanecer dias enteros sin salir de su boardilla; otros, al anochechar, le veíamos colarse á lo largo de la escalera, disimulando bajo el alda de su levita rapada, pero siempre limpia, un bulto que por su forma se adivinaba ser un pedazo de pan.

Mi padre presintió una de esas miserias dignas que se ocultan, como si la miseria noblemente soportada fuera un

vicio. Buscó disimuladamente los medios de hacer conocimiento con nuestro vecino. Permanecía en la meseta ó en el umbral de su tienda en el momento en que el joven bajaba, intentaba entablar conversacion, pero durante los primeros tiempos, el otro no respondió sino con algunas vulgaridades corteses, y la estimacion de mi padre se aumentaba.

— Tiene altivez, decía.

Una ocasion, no obstante, una ocasion de vida ó de muerte rompió la frialdad entre él y nosotros.

Hacia dos dias que no se le habia visto salir, y permanecía encerrado en su boardilla. Mi padre llamó vanamente á la puerta, no se le respondió; en fin, se decidió hacer saltar la cerraja, y encontró al pobre joven tendido sobre su lecho, desvanecido y medio muerto de inanición.

Nosotros le cuidamos como á un hijo, como á un hermano, y desde este dia, mientras encontrase una ocupacion, llegó á ser el comensal asiduo de la casa.

Sin embargo, — y este detalle hubiera sin duda resfriado una alma menos honrada y menos generosa que la de mi padre, — nuestro huésped no creyó deber concedernos una confianza completa.

Sus maneras, ciertos hábitos de elegancia y de lenguaje indicaban un nacimiento superior á su estado. Nadie insistió por conocer un nombre que sin duda ocultaba por orgullo. Nos confesó ademas que pertenecía á una familia honorable y rica; sus parientes habian querido forzar su inclinacion por el teatro, dándole á escoger entre la miseria ó el abandono de su vocacion. Su eleccion no habia sido dudosa; pero como despues de todo su nombre pertenecía tanto á su familia como á él, por un escrúpulo exagerado de delicadeza lo habia dejado, á la manera de muchos de sus camaradas, para tomar uno de capricho.

Se hacia llamar Florestan.

Su manera de ser enfática, que me parecia el cúmulo de la distincion, sus entonaciones teatrales y fatales, como se decía entonces, el misterio mismo de que se rodeaba, todo me atraía vivamente hacia Florestan. Tenía maneras de hablar del *Arte* en las cuales no comprendía yo nada, y que me entusiasaban. Me recitaba tiradas de sus poesías que yo escuchaba con la boca abierta; entonces, exaltado por un entusiasmo facticio, por una especie de embriaguez nerviosa, exclamaba:

— ¡No es verdad que es bello! ¡no es verdad que seré grande! — ¡un gran artista!

Y yo, pobre chica, juntando las manos, respondía ingenuamente:

— ¡Oh! sí, ¡es muy hermoso!

Florestan tenía razon por demas. Debía llegar á ser en lo sucesivo un gran cómico, uno de los mas grandes y peligrosos de entre los cómicos que representan su papel sobre la escena inmensa de la vida parisiense.

Las tablas que le estaban destinadas eran el suelo aristocrático de los Campos Eliseos y de los ricos arrabales, el empedrado de la Bolsa, el asfalto de los bulevares. Debía representar en estos sitios un papel, y lo representó en un drama terrible, cuyo desenlace nadie puede prever, y se en-

sayaba en este papel de traidor del gran mundo fascinando en la trastienda de un pobre relojero á una simple joven boba de veinte años.

La fascinacion fué completa, pronta y fácil. Creo, cuando pienso en ello, que habia nacido mala, perversa. Mi naturaleza contenía en germen todos los instintos que hacen fácil la perversion. Era coqueta, golosa, curiosa de aventuras; los cuidados de la casa me parecían una esclavitud insostenible. No habia mas que una cosa buena en mí: un corazón de madre; amaba á mi Ursula, á mi hermana, como una mujer ama á su primer nacido.

¡Ay de mí! este amor, que hubiera podido salvarme, no ha servido sino para perderme mas.

Florestan supo, con una habilidad infernal, aprovecharse de todos los recursos. Excitó mi coquetería hasta el delirio, hizo fascinarme presentando ante mí el encanto de la vida de los bastidores, los vestidos de raso, los encajes, los diamantes, la adoracion universal, ¿qué sé yo? Nos dió dos ó tres butacas para ir al teatro; yo volví loca. Las actrices me parecían diosas ó reinas mas bien que mujeres ordinarias, yo me hubiera puesto de rodillas delante de la última de las figurantas.

¡Ah! si me hubiera hablado del reverso de este mundo tan brillante en apariencia, y de las traseras de los bastidores manchados de aceite, tapizados con viejos carteles de teatro, de los sombríos y estrechos corredores, y de los vestidos de lana oscura, y de los tartanes grasientos con que mis reinas y mis diosas cambiaban, al salir, sus vestidos con lentejuelas y sus coronas de talco. ¡Pero se guardaba bien! Me hubiera afirmado, en caso necesario, que ese carton cubierto de cobre era oro verdadero, y que eran diamantes y perlas esas bujerías de vidrio y esos diamantes imitados.

¿Qué decir mas? estaba embriagada. Yo tambien aprendía de memoria, ocultamente, la prosa pomposa de los melodramas. Envuelta con el tapete de la mesa, y armada con mi cuchillo de cocina en la mano, me figuraba ser una Margarita de Borgoña ó Isabel de Baviera; revolví los ojos, hacia retumbar la R, y yo me encontraba soberbia mientras que él exclamaba palmoteando:

— ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡asombroso! Ya puede andarse con cuidado la señorita Georgina.

Y durante este tiempo el pobre Luis y mi padre, cuyo amor mas querido era yo, gastaban sus pobres ojos para asegurar su bienestar y el mio.

Jacquemin avanzaba en edad, y con los años, su amor por mí se aumentaba. Este amor era el que le ilustraba sin duda. Él solo desconfiaba de Florestan. No se atrevía á manifestar su antipatia por temor de ofenderme; pero no habría yo sido mujer entonces, si no lo hubiese conocido. Temiendo que un estallido no abriera los ojos á mi padre é hiciera imposible la realizacion de mi proyecto, me hice hipócrita. Fingí ser cada vez mas tierna por mi desposado. El pobre mozo se dejó coger en este grosero lazo, pagándose de las exterioridades. Se llegó hasta hablar de una manera enteramente precisa de un proyecto quedado hasta entonces en lo vago.

Se compraron los vestidos y la corona de azahar, y los muebles de la joven pareja; se fijó la fecha del casamiento, se hicieron las primeras publicaciones, y una semana antes de la ceremonia, y el día mismo en que entraba en mi mayor edad, me escapé con Florestan.

Florestan y yo nos habíamos refugiado en Bruselas. Él estaba rico, había encontrado allí un amigo suyo llamado M. Gigant, que le prestó una suma bastante crecida. No he conocido, sino mas tarde y á mis espensas, la complicidad que les unía. Por el momento, M. Gigant, que trasformaba nuestra miseria en bienestar, me pareció el mejor de los hombres. Era ya de edad, pero verde todavía, alegre compañero, en fin, lo que en nuestro lenguaje se llama un buen muchacho, con los bolsillos llenos de oro, y el mas experto de todos en hacer saltar el corcho de una botella de champaña.

He dicho ya que por instinto era mala; no pensaba entonces un solo instante, durante estos primeros vértigos de loca independencia y de embriaguez desvergonzada, ni en mi padre, que mi fuga desesperaría, ni en mi pobre desposado, cuya vida destrozaba.

¡Ya me quedaba tiempo ciertamente! Todos mis sueños se encontraban mas que realizados: mis noches se pasaban en los valsos, mis días en una deliciosa ociosidad. Florestan no me rehusaba nada, y cuando mis caprichos llegaban á ser demasiado costosos, encontraba siempre la bolsa abierta de aquel excelente amigo, de aquel generoso M. Gigant. Cómo rompí yo con Florestan y quién le reemplazó, es lo que no tengo necesidad de decir. Nuestra relacion, fruto de su ociosidad y de mi deshonesto capricho, no podían, por ningun concepto, ser de las que duran. Cuando le dejé, no me hizo ninguna reconvenccion, y por mi parte, si me hubiera el primero abandonado, no hubiera tenido ninguna que hacerle.

Comencé entonces esa vida descuidada de pájaro sobre la rama, por la cual empezamos todas; vida de miserias horribles y de locas prodigalidades, en que se devoran por la noche trufas con champaña, cuando no se ha almorzado por la mañana; en que se arrastra en el polvo de la acera chalets de tres mil francos para ocultar un vestido desecado ó unas botitas desvencijadas.

Durante una de estas alternativas de desnudez absoluta, M. Gigant vino aun en mi ayuda.

Nada mas desinteresado que el socorro que me ofreció. No reclamaba nada, sino un simple reconocimiento de la deuda que contraía con él. Me dirigió á Paris á un tapicero, á una mercadera de modas, á un joyero, que me pertrecharían convenientemente, y no dudaba que una vez puesta sobre cierto pié, con mi talento, mi perspicacia de lince y mi belleza, presto saldria boyante.

Siguieron una porcion de recomendaciones que me parecían entonces la sabiduría misma, y que no eran en realidad mas que verdadero catecismo del vicio, donde todos los casos estaban previstos, todos los peligros señalados, con los medios de eludirlos. En verdad no valemos, nosotras, gran cosa; pero todo el lodo de nuestras almas reunidas no po-

dria dar idea del abismo de fango que es la conciencia de este hombre.

Acepté sus ofertas y volví á Paris, donde comencé de nuevo con mas éxito la vida que había llevado en Bruselas.

En aquella época tuvo lugar una escena que ha dejado y dejará en mi memoria una huella imborrable.

Una noche, ó mas bien una mañana, porque nuestra noche se había prolongado hasta el amanecer, salíamos, tambaleándonos y despechugadas, de una de las grandes fondas de los bulevares, los barrenderos reían y nos insultaban; nosotras encontrábamos eso chusco y nos reíamos mas fuerte que ellos. Cuando de repente, al subir á un coche de alquiler que pasaba, oí detrás de mí pronunciar con tono imperioso este nombre que desde tan largo tiempo yo no llevaba: — ¡Celina!

Me volví como herida por un rayo, y me encontré cara á cara con Luis Jacquemin.

¡Cuánto había cambiado, gran Dios! Había crecido, estaba pálido, enflaquecido, un fuego sombrío ardía en el fondo de sus ojos; la barba negra, que había dejado crecer con toda libertad, le hacia parecer aun mas pálido y flaco. El tono imperioso de su voz, su gesto lleno de autoridad me detuvieron. No pensaba un solo instante en huir. Por otra parte, aunque lo hubiese querido, no hubiera podido, porque sentía mis piernas doblegarse bajo el peso de mi cuerpo. Permanecí inmóvil y con la boca abierta, como en esas pesadillas en que, perseguidos por asesinos, se tienen los piés clavados en el suelo bajo el agobiamiento de una inmovilidad invencible.

Jacquemin había hecho detener un coche, me cogió por el brazo y me obligó á tomar asiento en él. No intenté resistir. Montó á su vez y se sentó á mi lado: luego dió orden al cochero de dirigirse á la calle y número de la casa de mi padre.

Todo eso se había hecho con tal rapidez, que mis acompañantes no se habían apercibido por de pronto. Cuando vieron que me arrebatában y que no hacia ninguna resistencia, me persiguieron con sus silbidos y con sus risotadas.

Ellos reían y yo, pálida como una muerta, y castañeteándome los dientes, temblaba.

Esperaba que Luis me dirigiese la palabra; pero permanecía mudo y grave; nada de cólera, ninguna reconvenccion, nada, eso me parecia terrible.

En fin, no pudiendo soportar mas largo tiempo, me decidí á hablar la primera.

— ¿Y mi padre? pregunté.

Jacquemin se despertó de su meditacion, me lanzó una larga mirada, como sorprendido de encontrarme allí á su lado, y no respondió mas que dos palabras:

— ¡Ha muerto!

Después comenzó de nuevo el silencio, y yo no me atreví á romperlo.

Habíamos llegado á mi antigua morada. La tienda estaba todavía allí, abierta, pero mi padre no se hallaba ya detrás de la vidriera; un nombre desconocido le había reemplazado

en la muestra. En lugar de los gruesos relojes de plata colgados detrás de los cristales, y de los relojes de pared de la tienda, había juguetes de niños, utensilios de familia, toda clase de chucherías. Luis pagó al cochero, me hizo entrar en el corredor, y subimos la escalera hasta la puerta del cuarto que había ocupado antes. Llamó, un roce de vestido se hizo oír en el interior, y madama Jacquemin vino á abrir.

Luis me empujó por detrás, obligándome á pasar mas adentro del umbral de la puerta, que no me atrevia á atravesar.

— ¡Aquí está! dijo á su madre.

— ¡Ah! ¡desgraciada! exclamó.

Entonces... entonces mi corazón se derritió, me dejé caer sobre una silla, me oculté la frente con las manos para ocultar el rubor y lloré, lloré como no he llorado ni lloraré nunca jamás.

Pero no eran lágrimas de remordimiento, no, eran lágrimas de vergüenza. Las primeras refrescan, estas me quemaban los párpados como gotas de plomo derretido. Si Satanás llora en su infierno, así es como debe llorar.

Madama Jacquemin se equivocó respecto de mi dolor; lo atribuyó al arrepentimiento, y la santa mujer se puso á consolarme con voz dulce.

Pero cuanto mas me consolaba, mas sentía yo agrandar mi desesperacion, y con gusto le hubiese gritado: Callad.

Ella lo conoció: la caridad verdaderamente sincera posee una especie de doble vista, una comprension universal y casi divina. Hizo un gesto, atrajo hacia mí á alguno que yo no había apercibido al entrar en el cuarto, y sentí dos bracitos en derredor de mi cuello. Levanté la cabeza y vi á Ursula, á mi hermana, á mi hija, y el pequeño rincón que había quedado puro en mi corazón palpitó. Estaba bonita como un ángel con su vestido de luto y con sus hermosos ojos negros; y tomándola sobre mis rodillas, cubrí de besos sus sonrosadas mejillas, y sus largos párpados transparentes, y su pequeña garganta, y sus pequeñas y blancas manos. La habría devorado á caricias.

La niña, asustada y trémula, me dejaba hacer, pero con mas asombro que placer.

— ¿No me reconoces, Ursula? pregunté.

Ella fijó en mí sus grandes ojos sorprendidos y no respondió.

— ¿Tú no reconoces á Celina? insistió madama Jacquemin.

La niña tuvo una pequeña sonrisa dudosa.

— Celina ha muerto, respondió, papá me lo ha dicho. Y además, Celina no era una gran señora.

Y con su dedo tendido designaba mi vestido de terciopelo, mis encajes y mis joyas.

Y yo, vuelta en mí de mi desesperacion, exclamé:

— Tiene razon, ¡Celina ha muerto!

VIII

LUIS JACQUEMIN.

¡Celina ha muerto!
¡Ay de mí! sí, ¡Celina ha muerto! ¡no quedaba ya mas que Nini Moustache!

Me levanté con el objeto de abandonar para siempre aquella casa que no era ya la mia, pero madama Jacquemin me retuvo.

Me contó que mi padre me había perdonado. — ¿Acaso un padre no perdona siempre? — Nos dejaba á Ursula y á mí una pequeña herencia: el fruto de sus laboriosas economías. No quise tocar á este dinero sagrado é hice donacion de mi parte á Ursula. Fué igualmente convenido que mi hermana quedaria bajo la guarda de madama Jacquemin, quien me prometia servirla de madre.

En fin me fué permitido marchar, pues mi alma no estaba ya hecha á esta atmósfera de virtud; me ahogaba en ella. Pero la prueba de este día apenas había comenzado.

Luis me esperaba en la meseta de la escalera; me hizo seña para que le siguiera, y me llevó al pequeño cuarto que habitaba debajo del tejado.

Supe allí por primera vez cuánto era lo que me había amado y qué abnegacion entusiasta había sacrificado al capricho banal de Florestan. Luis me conjuró, suplicó, se irritó alternativamente, y me gritaba: ¡Partid, miserable, de esta casa que habeis deshonrado! luego me retenía, me tomaba las manos, las cubria de besos y de lágrimas, y me pedia perdon de su violencia.

¡Oh! ¡si hubiera podido volver á comenzar mi vida! creo que esta hora me hubiera hecho enteramente buena. Pero no, si hubiera consentido en el sacrificio que me queria hacer Luis, si hubiera aceptado el perdon, el olvido de lo pasado que me ofrecia, al cabo de un mes, de ocho dias tal vez, habría vuelto á caer de nuevo. Si resistí á sus suplicas, no fué de mi parte por el conocimiento de mi indignidad, fué pura cobardía, bajeza: lo que temia en el fondo del alma era el peso abrumador de los deberes que me serian impuestos de nuevo, las largas jornadas laboriosas, los vestidos de lanilla ó de indiana, la servilidad magnánima de la esposa y de la madre. Al augusto aposento conyugal que santifica la cuna de mimbre, preferia mi vergonzoso retrete, y las febriles noches de la orgia á las ternuras serenas del amor sincero: he nacido mala.

Desde el siguiente día, desde la noche de este día, volví á emprender mi modo de vivir habitual, con mas arrebatos aun, pues ahora necesitaba olvidar. Pero mi existencia tuvo desde entonces un lúgubre testigo que no me dejó jamás. Rica ó miserable, en la puerta de la fonda á la moda, ó de la cremiera de las pobres jóvenes, en el baile, en el teatro,